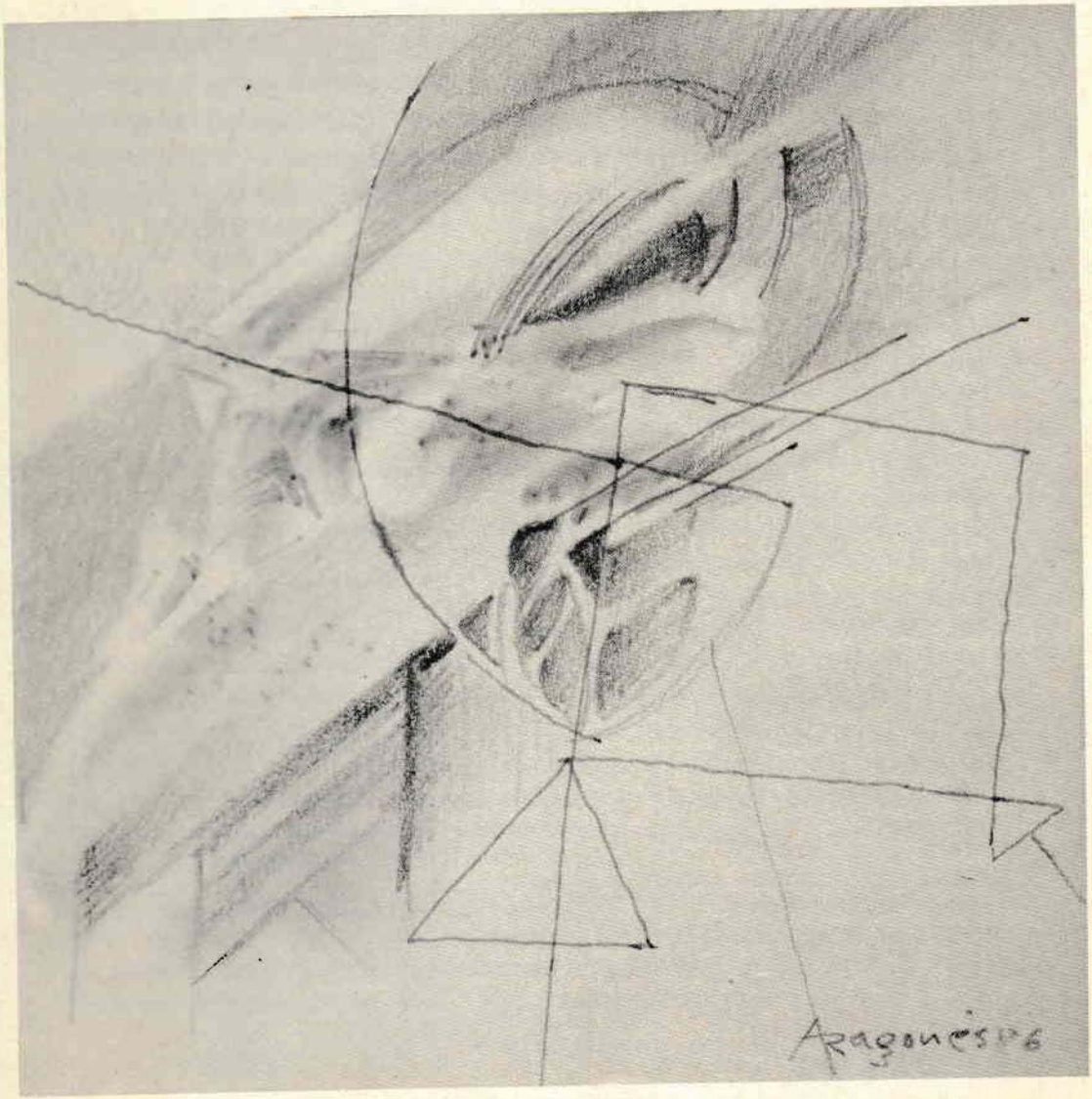
13 de Fuego

OCTUBRE, 86

N.º 3



«No soy poseedor de una estética. El tiempo me ha enseñado algunas astucias: eludir los sinónimos, que tienen la ventaja de sugerir diferencias imaginarias; eludir hispanismos, argentinismos, arcaísmos y neologismos; preferir las palabras habituales a las palabras asombrosas; intercalar en un relato rasgos circunstanciales, exigidos ahora por el lector; simular pequeñas incertidumbres, ya que si la realidad es precisa la memoria no lo es; narrar los hechos (ésto lo aprendí de Kipling y en las sagas de Islandia) como si no los entendiera del todo; recordar que las normas anteriores no son obligaciones y que el tiempo se encargará de abolirlas. Tales astucias o hábitos no configuran ciertamente una estética. Por lo demás, descreo de las estéticas. En general, no pasan de ser abstracciones inútiles; varían para cada escritor y aun para cada texto y no pueden ser otra cosa que estímulos o instrumentos ocasionales.»

Jorge Luis Borges
(Elogio de la sombra)

SUMARIO

J. Alarnes: En un sueño interminable 3
J. Alarnes: Ante este avance del norte 4
C. Martín: Ciclo 5
C. Martín: Las horas perdidas 5
C. Martín: Amantes urbanos 6
M. Muñoz: Llueven los días 7
M. Tostado: Dibujo 8
M. Muñoz: Otoño 1971 9
F. Ortiz: Atardecer junto al mar 10
C. Pavese: Tu sei come una terra 11
A. Rosseti: «Demonio, lengua de plata...» ... 12
J. M. Sánchez: Dibujo 13
J. Salvago: Alguna de esas noches 14
J. Vélez: El aspirar de el ayre 15
A. Santajulia: Pirograbados de Nemesio Pacheco 16
J. Alarnes: Historia crónica de la ilustre Villa de Getafe 17
E. Rolania: Contraportada

«TRECE DE FUEGO»
Apartado de Correos 107
GETAFE (Madrid)
Portada:
ANGEL ARAGONES
Coordinación:
«TRECE DE FUEGO»
Ilustraciones:
«ESCUELA DE GETAFE»
Depósito legal: M 10152 - 1986
Imprime: GRAFICAS MENA
Cataluña, 20 - Posterior L. 5
GETAFE (Madrid)

EN UN SUEÑO INTERMINABLE

Seguirán las lluvias, puntuales
a su cita con la tierra.
Las estaciones airearán su manto
y otros ojos, otros brazos,
bucearán en los cuerpos
sin hallar clave a su existencia.
Búsqueda de otra búsqueda,
sin ir más allá de los dedos
y atrapados por un gesto distinto,
—en el fondo, el mismo gesto,—
continuará una esperanza
por contemplar en otro rostro,
en un sueño interminable,
nuestra más secreta imagen.

José Alarnes

ANTE ESTE AVANCE DEL NORTE

Esta mañana, todavía temprano,
partieron los pájaros del sur;
un arco era el cielo
para sus hundidas cabezas.
Se llevaron la luz en sus alas,
el brillo de la arena,
la magia delicada del aire en suspenso.
Y llegó un viento de levante
tras su partida, un azogue roto,
náufrago triste de las aguas,
que aplomó sobre las palmeras,
—agonizaba el verano—.
y todo quedó gris
ante este avance del norte.
Y ahora, el reloj ya detenido,
nuestros pasos se vuelven iguales
y la conciencia reflexiona,
porque surge inevitablemente
un universo de mundos correlativos.

José Alarnes

LAS HORAS PERDIDAS

Perdidas ya, las horas,
como la vencida tropa
que huye atolondrada,
transcurren aprisa,
confundiéndose unas con otras,
carentes de todo sentido,
de toda identidad.
Ni siquiera marcan el tiempo,
son sólo espacios vacíos,
huecos numerados
en una oxidada circunferencia.

CICLO

Sueño

Aferrado a las patas del deseo.

Juego.

De la vida y la muerte contra el sueño.

Tiempo.

Para amar y morir como en un juego.
Deseo.

Que se mella y se rompe con el tiempo.

Concha Martín

AMANTES URBANOS

Los amantes de ojos de asfalto
se contemplan
en la fría mañana de invierno
mientras
la ciudad de cemento los envuelve.
En la bruma
sus cuerpos se pierden entre los transeúntes
y siguen el camino trazado de antemano
no se sabe por quién.
Sería hermoso
escuchar el sonido de las campanas
o tal vez el piar de los pájaros
pero
sólo el disonante chirrido de unos frenos
acompaña su deambular cansado.

Concha Martín

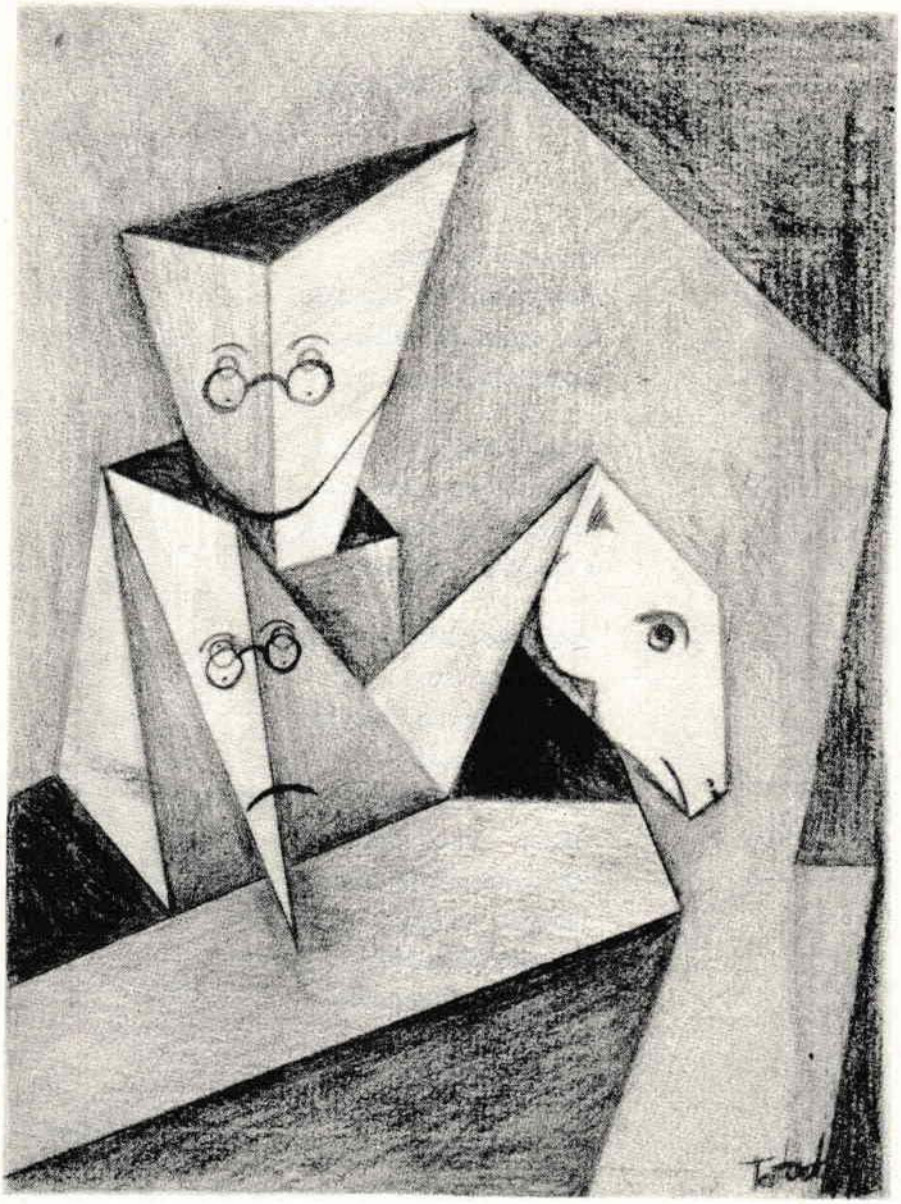
LLUEVEN LOS DIAS

Llueven los días.
Nos calan, sin remedio,
las horas del Poniente
hasta los besos.

Dispuestos a la lluvia
amamos en silencio,
mientras viene la vida
a nuestro encuentro.

Pretende ayer ahogarnos
en recuerdos;
mañana no ha llegado,
sólo es deseo.
Mas hoy que estamos juntos
vivamos cada sueño.
No sirve cerrar puertas,
guardar versos,
atesorar miradas:
ahora es el momento

Matías Muñoz



Margarita Tostado

OTOÑO 1971

Era Noviembre, sí. Aquella casa
te trajo hasta mis ojos.
Llegaste aquel otoño, como el viento,
barriendo mis heridas.
Era yo la tristeza, tú la risa;
eras tú la ventana
pequeña pero abierta, tú la luna
Eras tú el amor,
tú la mano caliente, tú los besos
que nunca había soñado.
Eras el alba tú: amanecía
un futuro impaciente.
Era Noviembre, sí: yo te esperaba.

Matías Muñoz

ATARDECER JUNTO AL MAR

A C.

Un viento fresco que se sabe breve
orea agridulce el rostro del que espera
con ojos ya cansados, y su pecho
tiembla, qué temblor inesperado,
largo lamento suave, y es la tarde
de rosa, malva y oro, y van las olas
con ronco y desmayado son hiriente
muriendo lentas en la mansa arena
mientras el sol se hunde sobre el mar.

Fernando Ortiz

BIBLIOGRAFIA

«Primera despedida», Sevilla, Editorial Católica, 1978.
«Personaje», Sevilla, Calle del Aire, 1981.
«Vieja amiga», Madrid, Trieste, 1934.
«Marzo», Madrid, Trieste, 1986.

TU SEI COME UNA TERRA

Tu sei come una terra
che nessuno ha mai detto.
Tu non attendi nulla
se non la parola
che sgorgherà dal fondo
come un frutto tra i rami.
C'è un vento che ti giunge.
Cose secche e rimorte
t'ingombrano e vanno nel vento.
Membra e parole antiche.
Tu tremi nell'estate.

Cesare Pavese
(«Verrà la morte e avrà i tuoi occhi»)

ERES COMO UNA TIERRA

Eres como una tierra
nunca nombrada por nadie.
Nada esperas
sino las palabra
que brotará del fondo
como un fruto entre las ramas.
Un viento que te alcanza.
Cosas secas y muertas
van en el viento y te estorban.
Recuerdos y viejas palabras.
Por ello, en el verano, tiemblas.

(Trad.: José Alarnes)

BIBLIOGRAFIA

«Lavorare stanca», Firenze, 1936.
«Verrà la morte e avrà i tuoi occhi», Torino, 1951.

«DEMONIO, LENGUA DE PLATA...»

Truman Capote.

Arcángel desterrado y refugiado en mi anhelo;
cada vez que la albahaca se movía
tus manos mi vientre apuñalaban
y en el raudo abanico de luces y luciérnagas
o en la pared confusa donde el enfebrecido
pájaro de la noche se cernía
aparecías tú.
Continua caracola prendida de mi oído;
hasta cuando la hierba, de grillos relucientes
salpicada, de pronto enloquecía
podíase escuchar tu lengua colibrí.
Y había que decidirse
entre el blanco inocente del naranjo
y tu oscura coraza.
Duro, frío y deslumbrante estuche
para tan dulce torso, terciopelo.

Ana Rosseti

PREMIOS

GULES, 1980: «Los devaneos de Erato».
JUAN CARLOS I, 1985: «Devocionario».

BIBLIOGRAFIA

«Los devaneos de Erato», Valencia, Prometeo, 1980.
«Dioscuros», Málaga, Jarazmín, 1982
«Indicios vehementes», Madrid, Hyperión, 1985.

José María Sánchez

ALGUNA DE ESAS NOCHES

Recuperar de golpe la inocencia primera,
regresar a la calma del no ser
o comenzar de nuevo en cualquier otro mundo
(siempre será mejor).
No ser nadie o ser otro.
Cerrar los ojos y no abrirlos
nunca jamás o abrirlos a otra luz.

Esta noche sin luna, por ejemplo,
mientras las balas de la vida silban
y en tu balcón ondea inútilmente
una bandera blanca.

Javier Salvago

PREMIOS

LUIS CERNUDA, 1981.
JUAN CARLOS, I, 1984.

BIBLIOGRAFIA

«Canciones del amor amargo», Sevilla, Angaro, 1977.
«La destrucción o el humor», Sevilla, Calle del Aire, 1980.
«En la perfecta edad», Sevilla, Compás, 1982.
«Variaciones y reincidencias», Madrid, Visor, 1985.

EL ASPIRAR DE EL AIRE

(Máteme tu vista y hermosura)
(San Juan)

Canta la estancia y el lugar asombra
huídos el áspid y la carcoma marina.
La piel negrea, diapasón y esgrima,
tira abrupta la tensión vitral. Y nombra.

Duele el viento que se desparrama y crece,
susurra la palabra su magia y oculta.
Aljofa sus perlas la alcancía
y fábula la madraza y resplandece.

Compás, sol, harina el beso; la sal
emerge y ronda. La luz y sus alas
aúllan y el jardín abriga de rosal
al hueso. Abandona la hojarasca su sombra
y florece el árbol y su médula.
Tarasca un ídolo de imán y lluvia
su relámpago de espiga.

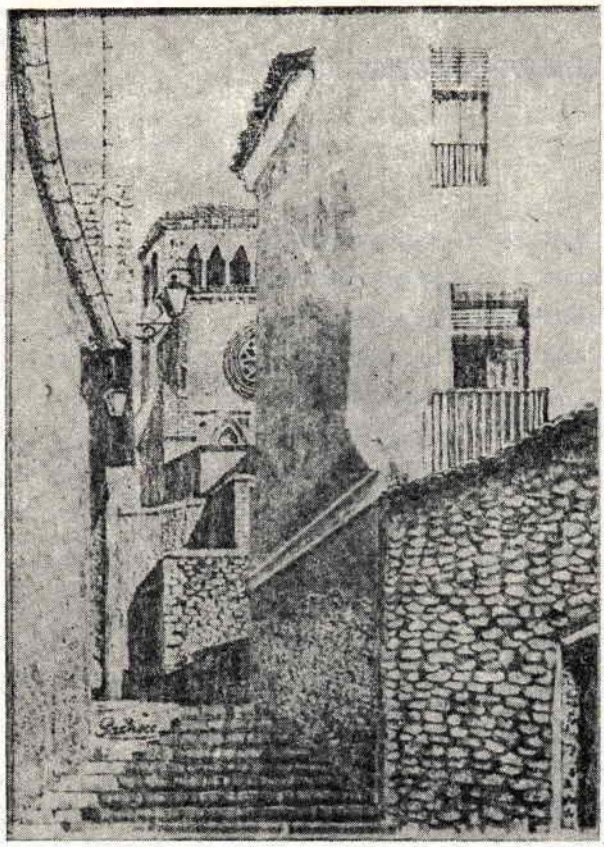
Rea la noche sus pies desnudos.
La nave rompe amarras y la mar libera.
Sólo entonces la azanca albergó su panal y sus solsticios.

Julio Vélez
(«La memoria y la sangre»)

BIBLIOGRAFIA

«La espiga y la fiebre», 1966.
«Laocoonte», 1978.
«Los fuegos pronunciados», Madrid, Ayuso, 1985.

PIROGRABADOS DE NEMESIO PACHECO



Perdida, no sé cómo, entre el bullicio que el pueblo en su callimadrijear depara, hállome de pronto inmersa en el laberinto pertinaz y empinado de las callejuelas de la hermosa ciudad de Cuenca que me dejan por un momento, ¿cómo diría yo?, perturbada.

Ahora puedo asegurarte, devoto amador, si de la bestia más del hombre, que no es tanto el número de peldaños que separan la nada de la altura. El lugar, estoy segura, ya lo has intuído :el CMC de la calle Madrid, alias Casa de Cultura. El perturbador: Nemesio Pacheco, pintor, no de fuego, con él; angelical que no demoníaco. ¿Quién, decidme, si no, además de alzar la humilde herramienta de estañar pucheros esportillados a la cumbre que el arte imprime, logra con tan poco tanto? ¿Quién, insisto, con un soldador, una candente punta de acero (al carbono o al cobalto, tan se le da) y un cacho de tabla tan profundas inquietudes alcanza?

Voluntad y afición, dicen algunos. Genio, digo yo. Genio y fuego. Qué cosas: fuego y genio. ¿Acaso son distintos uno y otro- ¿Pinturas de fuego? De fuego, sí. Y así, pienso, deberían llamarse, que no «focusformuras» o «pirografías», lo mismo que se llaman óleos o acuarelas a las pinturas que con tales materiales se realizan. Sin embargo, la Real Academia ya, esta vez veloz, ha puesto nombre y sello a tal ejecución: PIROGRABADO. Nada que objetar. Una, muy demócrata, se amuela y... santas pascuas; porque lo importante no son las cortinas, sino el santo. Y Nemesio, os doy mi palabra, ha logrado transmitir en Getafe, a través de su obra, toda la emoción que su corazón alberga.

Araceli Santajulia

Historia crónica de la Ilustre Villa de Getafe

1940: LA VISITA DEL PROCERISIMO

Mientras los ojos consternados de los parisinos sufrían el paso de las divisiones alemanas por los Campos Elíseos y los europeos adivinaban la larga noche que se cernía sobre el mundo, en nuestro país se recuperaba la fiesta del Corpus. En Toledo, balcones y ventanales lucían sus mejores galas. Flores, entoldados, banderines e insignias, desde las barandas y terrazas de las antiguas casas, daban a la ciudad un empaque de ópera wagneriana a causa de los símbolos añadidos a los habituales adornos de plata oxidada y oro viejo. Por estar recién pulimentados, herían con su filosidad el brillo apagado de las viejas banderas y de los tapices guardados en naftalina. Eran los mismos que ondeaban en París, Varsovia y Praga; los que más tarde se ensombrecieron en Stalingrado, cuando las personas honradas empezaban a preguntarse si no volvería ya la primavera al mundo.

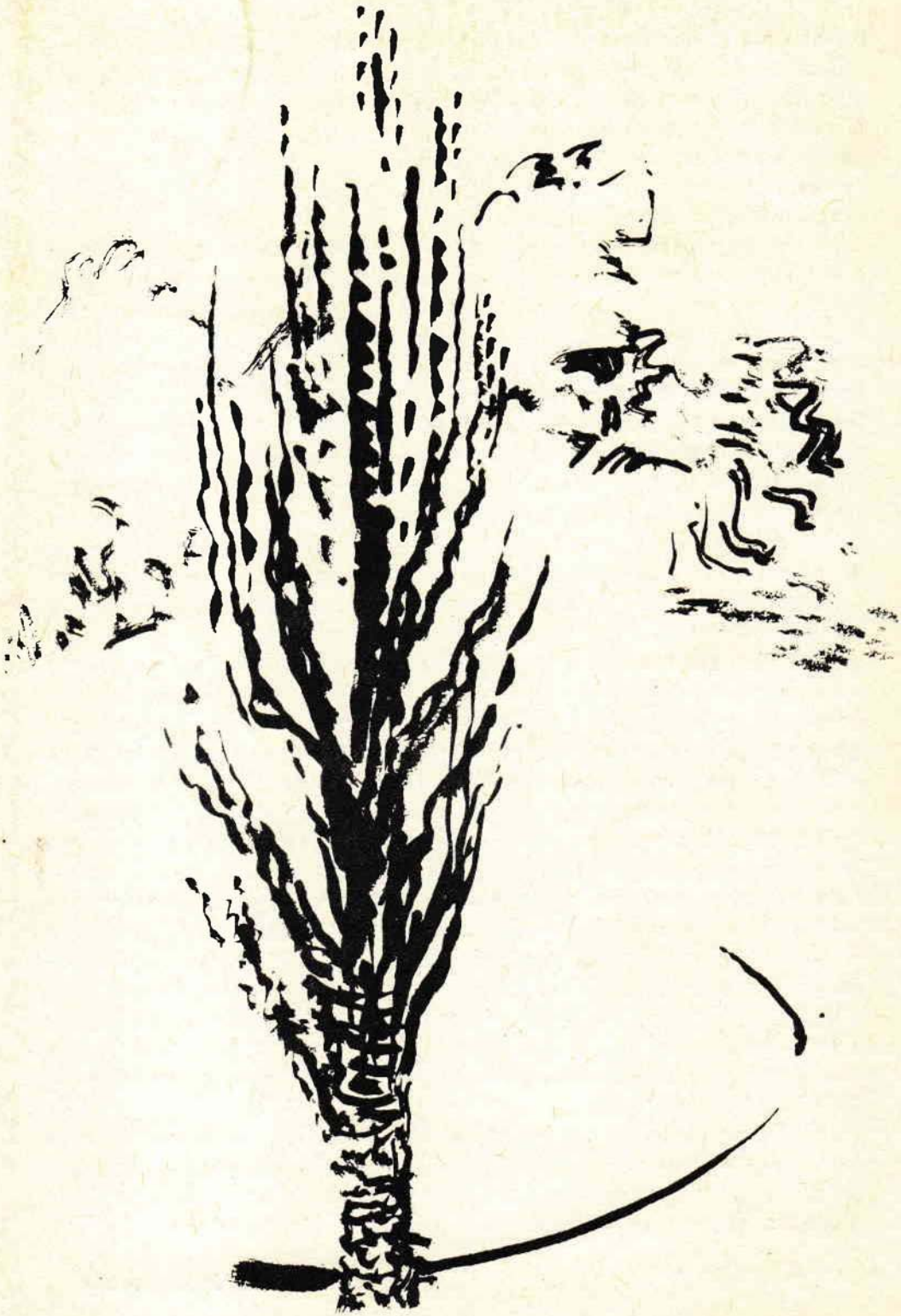
Por aquellos días de conquista, en la ciudad de calles tortuosas, cargadas de historia y fenecidas culturas, los antiguos nobles, los nuevos innobles, los pobres de espíritu con ojos para las cosas y sin manos para agarrarlas, los curiosos e impertinentes, las mujeres hechas prudencia, los burladores, los desconfiados, los condenados y amnistiados, los cronistas oficiales, las damas bobas, la clá alquilada por un bocadillo y un peaje en camioneta, las doroteas, las trotaconventos, las que lo dan, las que lo enseñan y toda demás cohorte, se despepitaban por el acontecimiento: el Procerísimo asistiría a la festividad del Corpus. Nadie supo si la noticia era un macutazo del Ministerio de Propaganda del Interior o en un artículo del «B.O.E.». Las modistas dieron trabajo a las viudas de excombatientes de la guerra del Rif, que tomaban el aire cara al sol para matar el tiempo

y el hambre. Las fábricas de encajes y peinetas tuvieron protección estatal. Se inició el vasto plan de acondicionamiento de calzadas con la carretera nacional El Pardo - Toledo. Se fundió el bronce de los cañones republicanos y se fabricaron campanas y medallas conmemorativas de hechos patrióticos para repartir entre los pobres que acreditaban su estado con un certificado expedido en las parroquias de barrio. Se desempolvó la bandera ganada al turco en la batalla de Lepanto y se volvió a empolvar porque era roja y hereje, y nadie se había dado cuenta con tanto barullo y euforia, hasta que un delegado de Madrid, inquisidor de preparativos y ortodoxias, torció el gesto ante la color y los garabatos que emborronaban con secreto mensaje la sensibilidad de los creyentes Se volvieron a pintar las pintadas autorizadas, cuando no exigidas y regularmente encargadas a los alumnos más brillantes de Bellas Artes. Se izaron los cabellos de las damas con el mítico «Arriba - España», a riesgo de volver respingonas sus frígidas narices y teñir de perplejidad sus rostros. Se atendió la súplica de carácter voluntario de algunas prostitutas para su traslado a Rusia y alegrar las blancas jornadas de los cruzados azules: toda esta precipitación de acontecimientos porque el Procerísimo acompañaría al Cuerpo Santo bajo palio.

A nuestro pueblo llegó la noticia y se celebraron reuniones y dictámenes. Cofradías literario-escolapias, asociaciones histórico-culturales, clubes deportivo-recreativos, claustros de profesores con sotana, el desaparecido sindicato de la B. P. S. (Brigada Político Social) y otros coros y danzas, se encerraron en cónclave, en el salón de sesiones del derribado ayuntamiento, bajo la batuta del reputado lepidopterólogo Luis Herniado (Seseña, 1910 - Smolensk, 1942), quien orquestó los actos que verían la luz con motivo de la visita del Procerísimo a la Villa. En las casas de personas no adictas al régimen, fueron requisadas las fotos de Bakunin y Durruti, escondidas en la parte posterior del cuadro de la patrona de la localidad. La calle Madrid fue engalanada con emblemas, arcos y otros embelecos, que expresaban por un lado la unidad y por el otro la falta de igualdad, libertad y fraternidad. Un foráneo, Nuelillo Dellarupe, aspirante a concejal de festejos, sugirió colocar las imágenes de los santos en los balcones del casino, porque esperaba el milagro de verlas saludar a la romana. El señor Herniado, cultivador del soneto y la elegía, y devoto de la horchata y el braguetazo, señaló con fran floresta de ejemplos, sacados de sus cultilatinas lecturas, la diferencia que separa la función sagrada de la temporal y, diciendo más o menos que no hay que mezclar las churras con las merinas, les trajo a la memoria la caída de Alejandros, Julios,

Almanzores y Borbones. En este punto interrumpió los símiles bajo la mirada amenazadora del comandante de puesto y temió haber insinuado algo contra la magnificencia del Procerísimo. Por no dar explicaciones en el cuartelillo concluyó su discurso aseverando que era mejor dejar a los santos en sus pedestales, no fuera a llover y, en vez de saludar marcialmente, retoñaran como cerezos en flor, lo cual es considerado síntoma de promiscuidad en las tallas policromadas.

Al fin llegó el día. Los gentilhombres y las gentildamas estamparon en sus rostros una sonrisa indeleble con la pasión que provee la envidia. El pueblo llano se lavó con jabón y se perfumó con agua de espliego. Un vigía, alzado sobre una atalaya, en la fábrica de pastas, en una hora no consignada en ninguna crónica oficial, por lo que algunos escépticos dicen que se trató de una hora inexistente, comenzó a dar alaridos al uso de las infanterías importadas de Marruecos, con vistas a su homologación en el M. N E. (Mercado Nazional Europeo), y un muchacho, cuyo nombre se ha olvidado y no figura en la listas de los predecesores del marathón, corrió frenéticamente calle Madrid abajo, jubiloso por ser el primero en dar la noticia —¡qué viene!, qué viene!— con un tic-tac de reloj recién estrenado, hasta que cayo sin cuerda ni aliento en la Plaza del Procerísimo (anteriormente, y hoy, de la Constitución), mientras una banda descargaba los acordes finales de la obertura de «Tannhäuser». Después se escuchó el ruido de unos motores y los presentes estiraron el cuello. Los varones estuvieron más atentos que en su noche de bodas y pusieron gran cuidado en donde introducían la función de sus órganos visuales. Las mujeres empezaban a preguntarse qué hacían allí. Los niños, con las banderas bicolor en una mano y la otra en el corazón, miraban el cielo y desentonaban una canción aprendida a última hora en la escuela. El estruendo creció hasta hacerse insoportable y cruzaron unas motocicletas a gran velocidad como en las películas de gánsteres. Se levantó una gran polvareda, no había llovido en varios meses y las gargantas tosieron, los que veían dejaron de ver y algunos que anduvieron hasta ese día, quedaron cojos al arrimarse al estruendo y ser atropellados por los vehículos. Cuando se posó el polvo sobre los presentes, el señor Herniado hizo una seña a la banda y ésta se desbandó en una búsqueda de armonías tan lejanas a sus posibilidades de interpretación musical como los coches blindados que atravesaban una Castilla arrasada por una guerra, a la conquista de una ciudad imperial.

Al día siguiente, en una pared del cementerio de la Concepción, una mano anónima escribió: «De nombre se llama Francisco, pero no sigue del de Asís los pasos.» Esta frase está considerada como el inicio de la literatura críptica en nuestra Villa durante el fascismo.

José Alarnes